

## ACOTACIONES

ESA amistad difícil entre los hombres de letras, a que se ha referido Gastón Baquero al comentar la fundación del «P.E.N. Club», puede deberse, entre otras causas, a que el orgullo, pasión demoníaca, suele ser la «décima musa», la musa violenta de los escritores.

Cuando el escritor entiende que su presunta facultad creadora lo equipara a la Divinidad, es natural que prescindiera no ya de ciertos respetos y jerarquías, sino de todo sentimiento humano, y se crea con derecho a vivir una vida aparte, bajo la negadora consigna de los ángeles rebeldes.

La rebeldía es una actitud magnífica, pero un funesto estado. Rebelarse contra lo malo específico es la conducta propia del justo. Rebelarse sistemáticamente contra todo es una locura, cuando no una majadería.

Sintamos la dignidad del oficio, no su vanagloria. Desechemos la jactanciosa idea de que el saber combinar bellamente las palabras confiere al hombre un rango superior. Enorme es, sin duda, la fuerza de la palabra; mas no olvidemos aquella discreta observación de Shakespeare: «es hermoso tener las fuerzas de un gigante; pero es horrendo usarlas como un gigante».

En nuestro ambiente literario apenas hay gigantes; pero se da silvestre el tipo del giganteoide, especie que se goza en abusar de su dialéctica con el débil, sin perjuicio de arrastrarse, cuando llega el caso, ante el poderoso.

Nada desacredita tanto a la profesión como ese escritor engreído y perdonavidas que esgrime sus cuartillas—buenas o malas, tanto monta—cual patente de corso o cédula de inmunidad.

¿Cuándo se convencerán algunos de que el escribir más o menos bien no exime a nadie de la obligación de ser persona decente?

No florecerá la amistad entre los profesionales de las letras mientras no destierremos de nuestra república ese becerro de oro del orgullo.

Después de todo el oficio de escribir no es mejor que otros oficios. ¿Por qué mirar por encima del hombro al agricultor o al artesano que ponen en su tarea humildad y amor?

El verdadero poeta no se envanece más de sus sonetos que el labrador de sus coles.

Invitado a consignar su profesión en el libro de visitas de cierto museo, Pío Baroja escribió: «Hombre humilde y errante».

Y es que da cierto pudor confesarse escritor a secas, sin más explicaciones, cuando hay tanta gente que supone—con más razón de la que quisiéramos—que el escritor suele ser un tipo petulante, a quien nadie entiende.

Para oponerse al hombre de letras dannunziano, inverecundo y ególatra, se ha hablado de la «función social» del escritor.

Para admitir esta función tenemos que empezar por hacer del escritor un ente social. No concebimos que pueda «sentir» nada por la sociedad, en plural, quien no disimula su indiscriminado desprecio por el prójimo, en singular. Como observaba Unamuno, muy frecuentemente la impotencia, el resentimiento y la envidia se disfrazan de un difuso—y confuso—amor a la humanidad. Desconfiemos de los que pretenden ampliar demasiado el radio de su pregonada generosidad. Son abeles con el mundo, pero caínes con su hermano. La sabiduría del pueblo dice en esto, como en todo, la última palabra: «caridad bien entendida es la que empieza por casa».

Función social sí, pero no sectaria, ni excluyente, ni llena de odio.

El escritor que se atrinchera en unas cuantas ideas acaba queriendo más a sus ideas que a los hombres.

El «P.E.N. Club», oportunamente convocado y ya justamente presidido por Jorge Mañach, tiene una gran misión que cumplir en nuestra republiquitita de las letras: recuperar el espíritu de convivencia que existió un tiempo entre nuestros escritores y que poco a poco se ha venido perdiendo por la suficiencia dogmática, por la colérica soberbia que algunos han puesto en la defensa de ciertos postulados, preferentemente políticos. Cuando del argumento lógico se pasa al argumento «en persona»; cuando el apoyo de una tesis supone el menosprecio no ya de la tesis contraria, sino del hombre—a lo mejor del amigo, del hermano—que de buena fe la sustenta, el mero coexistir se hace una cosa áspera y peligrosa.

Ojalá el fin de la guerra haya serenado un poco los espíritus, siquiera sea entre aquéllos que tienen por deber servir al espíritu, y sea posible hacer del «P.E.N. Club de La Habana» un centro de camaradería de buena ley entre los escritores, un remanso de paz y de amistad, a tono con la nobilísima tradición de la entidad matriz, fundada en Inglaterra, la nación que ha dado al mundo el más claro ejemplo de cómo la polémica ideológica se puede conducir a través de los siglos con la máxima economía de dolor y de sangre para el hombre.

F. I.

*Mu, Sep 30/15*